

FR. DIEGO LOPEZ COGOLLUDO, O.F.M.

Nació en Alcalá de Henares entre 1610 y 1615. Murió en Mérida de Yucatán hacia 1665. Escribió la *Historia de Yucatán*.

Llegó a Yucatán en 1634. Aprendió bien el maya y conoció bien las costumbres de los indios.

Fue lector de Teología, Guardián y Provincial de su Orden. Estudió a fondo los archivos de la Península para formar sus escritos.

Se ha ocupado de él, en un trabajo casi exhaustivo, J. I. Rubio Mañé, en el prólogo a la reedición de su obra en 1957, que utilizamos y quien también da óptima bibliografía. Su *Historia de Yucatán* la compuso entre 1647 y 1656, habiéndola publicado en Madrid el año de 1688 el Padre Fray Francisco Ayeta. La segunda edición debióse a Justo Sierra O'Reilly, quien la hizo imprimir en Campeche en 1842. Después de Sierra, la obra fue editada en 1867, y la última en 1957. De su autor se han ocupado, además de Sierra, don Eligio Ancona en su *Historia de Yucatán*, 4 v., Mérida, 1878-1880; don Crescencio Carrillo y Ancona en su *Historia Antigua de Yucatán*, Mérida, 1883, y en su *Obispado de Yucatán*, Mérida 1895; Gustavo Martínez Alomía en *Historiadores de Yucatán*, Campeche, 1906, así como Carlos R. Menéndez, "La Segunda edición de la Historia de Yucatán por López Cogolludo", en *Divulgación Histórica*, Vol. II, No. 7, 1942, p. 367-370.

Fuente: Fray Diego López Cogolludo, O.F.M. *Historia de Yucatán*. Prólogo de J. Ignacio Rubio Mañé. 5a. ed., 2 v. México, Editorial Academia Literaria, 1957. (Colección de Grandes Crónicas Mexicanas 3.) I-185-188.

CALENDARIO Y COSTUMBRES DE LOS MAYAS

En tiempo de su infidelidad tenían los indios de Yucatán libros de cortezas de árboles, con un betún blanco, y perpetuo, de diez y doce varas de largo, que le cogían doblándolos como un palmo. En estos pintaban con colores la cuenta de sus años, las guerras, inundaciones, huracanes, hambres y otros sucesos. Por uno de ellos, que quitó el doctor Aguilar a unos idólatras, supo que a una peste antigua llamaron Mayacimil, y a otra Ocna Kuchil, que quiere decir muertes repentinas, y tiempos en que los cuervos se entraron a comer los cadáveres en las

casas. A la inundación, o huracán llamaron Hunyecil, anegación de árboles.

Contaban los años con trescientos y sesenta y cinco días, divididos por meses de a veinte días, correspondiendo a los nuestros por este orden. A doce de enero llamaban Yaax; desde primero de febrero Zac, desde veinte y uno Ceb; desde trece de marzo, Mac; desde dos de abril, Kan Kin; desde veinte y dos de abril Muan; desde doce de mayo, Paax; desde primero de junio Kayab. El mes Cum Ku comenzaba a veinte y uno de junio; el de Vayeab a once de julio, y por otro nombre le llamaban Vtuz Kin, y también Vlobol Kin, que quiere decir tiempo mentiroso, tiempo malo, porque caían en él los cinco días, que faltan para la cuenta, los cuales tenían por tan malos, como diré luego; a diez y siete de julio comenzaba el mes llamado Poop. A seis de agosto el de Voo. A veinte y seis de agosto el de Clip. A quince de septiembre el de Zeec. En octubre el de Xul. En noviembre el de Yax Kin. En diciembre el de Mool, y el de Cheen terminaba en once de enero. Por esta cuenta repartían el año en diez y ocho meses, pero comenzaba su año nuevo en nuestro julio, a diez y siete. Los cinco días que faltaban para cumplir los trescientos y sesenta y cinco, llamábanlos los días sin nombre. Teníanlos por aciagos, decían, que en ellos sucedían muertes desastradas y súbitas: picaduras, y mordeduras de víboras y animales fieros y ponzoñosos, riñas y disensiones, y en especial tenían por peor al primero. En ellos procuraban no salir de sus casas, y así se proveían de lo necesario para no tener que ir en ellos al campo ni a otra parte. Frecuentaban más en estos días sus ritos gentilicios, rogando a sus ídolos los librasen de mal en aquellos días peligrosos, y les diesen buen año siguiente, fértil y abundante, y estos días tan temidos eran el doce, trece, catorce, quince y diez y seis de nuestro julio. Todos los días de el mes tenían su nombre propio, que dejo de decir, por parecerme prolijidad.

Por esta cuenta sabían los tiempos en que habían de rozar los montes, y quemar las rosas, esperar las aguas, sembrar su maíz, y otras legumbres, teniendo para esto sus proverbios. Los primeros religiosos (dice Aguilar) santos, y verdaderos viñadores de Jesucristo, procuraron desterrar esta cuenta, entendiendo era supersticiosa, y no aprovechó, porque los más la saben. Que comunicó esto con un gran reli-

gioso Varón Apostólico, llamado el Padre Solana, y con otro no menos, llamado Fr. Gaspar de Naxera, grandes ministros y predicadores, que sentían no ser perjudicial para la cristiandad de los indios; pero el padre Fuensalida dice en su relación tratando de estas cuentas antiguas: "Valiera más, y fuera mejor, que no las entendieran, y supieran de los antiguos, porque se han hallado en sus idolatrías, que hacen los que apostatan de nuestra santa fe católica, adorando al demonio en millares de ídolos, que se han hallado en esta provincia, etc." Pero usar mal de ellas no parece que convence ser intrinsecamente malas.

Contaban sus eras, y edades, que ponían en sus libros de veinte en veinte años y por lustros de cuatro en cuatro. El primer año fijaba en el oriente, llamándole Cuchhaab, el segundo en el poniente llamado Hijx; el tercero en el Sur, Cavac; y el cuarto Muluc en el norte, y esto les servía de letra dominical. Llegando estos lustros a cinco, que ajustan veinte años, llamaban Katún, y ponían una piedra labrada sobre otra labrada, fijada con cal, y arena en las paredes de sus templos, y casas de los sacerdotes, como se ve hoy en los edificios que se ha dicho, y en algunas paredes antiguas de nuestro Convento de Mérida, sobre que hay unas celdas. En un pueblo llamado Tixualhtun, que quiere decir lugar, donde se pone una piedra labrada sobre otra, dicen que estaba el archivo, recurso de todos acaecimientos, como en España lo es el de Simancas.

El común lenguaje de ellos para contar sus años, era por estas edades, o Katunes, como para decir tengo sesenta años, esto es tres piedras; para setenta, tres y media, o cuatro menos media. Por donde se conoce no eran demasíadamente bárbaros, pues vivían con toda esta cuenta, que se dice era ciertísima, tanto, que con ella no sólo tenían certidumbre del suceso, pero del mes y día en que pasó.

Por autoridad, y por gala se fajaban con ciertas lancetas que usaban de piedra, los pechos y brazos y muslos hasta sacarse sangre, y en las heridas echaban una tierra negra, o carbón molido. Cuando sanaban de ellas, quedaban las cicatrices con figuras de águilas, sierpes, aves y animales que habían dibujado con las lancetas y se horadaban las narices. Por estar así pintado Guerrero, el español cautivo, no quiso ir a la presencia de Don Hernando Cortés, cuando fue Gerónimo de Aguilar, Los Cupules, que son los del territorio de la Villa de Valladolid, lo usaron mucho.

En su gentilidad y ahora, bailan y cantan al uso de los mexicanos y tenían y tienen su cantor principal, que entona y enseña lo que se ha de cantar, y le veneran y reverencian, dando asiento en la iglesia, en sus juntas, y bodas. Llámánle Holpop, a cuyo cargo están los atabales, o Tuncules, y instrumentos de música, como son flautas, trompetillas, conchas de tortuga, y otros de que veían. El Tuncul es de madera hueco, hay algunos tan grandes, que se oyen a distancia de dos leguas en la parte a que corre el viento. Cantan en ellos fábulas, y antiguallas suyas, que se podrían reformar, si bien los religiosos lo han hecho en muchas partes, dándoles historias de Santos, y de algunos misterios de la fe, para que canten por lo menos en los bailes públicos de Pascuas, y festividades, con que olviden lo antiguo.

Tenían y tienen farsantes, que representan fábulas, y historias antiguas, que tengo por cierto sería bien quitárselos, por lo menos las vestiduras con que representan, porque según parece son como las de sus sacerdotes gentiles, que cuando no haya otro mal más que conservarse en ellos aquella memoria, parece muy perniciosa, y más siendo inclinados a idolatría, y que en ella los usan, siempre me han parecido mal, cada uno tendrá su dictamen, conforme más o menos haya hecho el reparo. Son graciosos en los motes, y chistes que dicen a sus mayores, y jueces; si son rigurosos, ambiciosos, avarientos, representando los sucesos que con ellos les pasan, y aún lo que ven a su ministro doctrinero, lo dicen delante de él, y a veces con una sola palabra. Pero quien los hubiere de entender, necesita ser gran lengua, y estar muy atento. Son más peligrosas estas representaciones, cuando se hacen de noche en sus casas, porque sabe Dios lo que allí pasa, y por lo menos muchas paran en borracheras. Llaman a estos farsantes Balzam, y por metáfora con este nombre al que es decidior, y chocarrero, y remedan en sus representaciones a los pájaros.

Hacían, y hacen sus bodas, y banquetes en los desposorios, gastando muchos pavos y pavas que crían todo un año para un día. Los que salen de alcaldes hacen también convite a los que entran, pena de infames y en la noche de la elección hay grandes borracheras.

Los indios de esta tierra eran y son muy diestros con arco y flecha, y así son grandes cazadores y crían perros con que cogen venados, jabalíes, tejones, tigres, algunos leones peque-

ños, conejos, armados, iguanas y otros animales; flechan pavos reales, unas aves que llaman faisanes y otras muchas.

Son al presente grandes imitadores de todas las obras de manos que ven hechas y así aprenden todos oficios con facilidad y hay muchos en sus pueblos de más de los que asisten en la ciudad y villas, grandes oficiales de herreros, cerrajeros, freneros, zapateros, carpinteros, ensayadores, escultores, silleros, oficiales que hacen muy curiosas obras de concha, albañiles, canteros, sastres, pintores, zapateros y así de los demás. Lo que causa admiración es que hay muchos indios que trabajan en cuatro y seis y más oficios de estos (como los españoles suelen en uno solo) con que se sustentan, y a veces con herramientas, e instrumentos, que da risa verlos, pero con la flema, que casi con natural tienen en el trabajar, suplen su falta, y sacan buenas las obras, que las dan más baratas, que los españoles, con que los que llegan oficiales a Yucatán, pasan mal con sus oficios, y así hay pocos de ellos y buscan otro modo de vivir.

Visten ropas de algodón blanquísimo, de que hacen camisas, y calzones, y unas mantas como de vara y media en cuatro, que llaman tilmas, o ayates. Sírvenles de capas cogiendo las dos esquinas sobre el hombro, con un nudo, o cinta; si bien muchísimos las usan de lana tejida algo basto, y aún muchos de telas, que se traen de Castilla, y aun de damascos, y otras sedas. Usan algunos jubones, y muchos traen zapatos, y alpargatas; lo ordinario es andar descalzos, especialmente en sus casa y campos, si no es algunos caciques y principales y lo mismo es las mujeres. Los más de los varones traen sombreros de paja, o palma, y muchos los compran ya de traje de fieltro. Las mujeres usan de huipiles, que es una vestidura, que coge desde la garganta hasta la media pierna, con una abertura en lo superior por donde entra la cabeza, y otras dos por lo superior de los lados por donde salen los brazos, que quedan cubiertos más de hasta la mitad, porque no se ciñe al cuerpo esta ropa, que también les sirve de camisa. Desde la cintura hasta el pie traen otra ropa, que llaman Pic, y es como naguas, o fustanes, que caen debajo de la vestidura superior; las más de estas son labradas, y tejidas con hilo azul, y colorado que las hacen vistosas. Si una española se viste de este traje, es en ella muy lascivo. Las indias pequeñas, que se crían con las españolas, salen grandes lavande-

ras, costureras y punteras, y así hacen obras de mucho precio y estimación.

Para los domingos y fiestas, cuando van a misa, y cuando se han de confesar, tienen así varones, como mujeres, sus vestidos más limpios y aseados que guardan para esto. Otras costumbres y cosas suyas se conocerán por las leyes que se les han dado para remediarlas, que se refieren en el libro quinto siguiente.

Su comida ordinaria es de poco sustento al parecer, porque comen pocas veces carne; lo ordinario es sustentarse con sus legumbres, frutas y diversas bebidas que hacen del maíz. Son de muchas fuerzas, para sustentarse con mantenimientos tan débiles; de buena corpulencia, aunque muy enemigos del trabajo, y dados a la ociosidad; bien apestados de color trigueño, como los demás indios. Son muy amigos de comer pescados.

Hubo indios en tiempos pasados de mayores cuerpos que los ordinarios, y que se hallaron en sepulcros de esta tierra, de estatura como gigantes. El año de mil y seiscientos y cuarenta y siete, junto al pueblo de Vecal en el camino real de Campeche, mandando el padre Fr. Juan de Carrión (hoy comisario provincial para el Capítulo General próximo) hacer una ramada para un recibimiento, cavando para poner los palos con que se hace, dieron con la barreta en una sepultura muy grande, hecha de lajas una sobre otra, sin curiosidad alguna. Los indios huyeron de ella y fueron a llamar al padre, que llegando les mandó sacasen lo que en ella había. Los indios no quisieron, diciendo les era vedado tocar a cosa alguna de aquellas, con que el religioso, ayudándole un muchachuelo, sacó unos huesos de hombre de estatura formidable. Había en la sepultura tres cajetes grandes de barro finísimo, con tres bolas huecas, cada uno en lugar de pies, y un bote de piedra negra, que parecía jalpe. Quebró los huesos, y los arrojó haciendo macizar el vacío, y reprendiendo a los indios la superstición de no querer tocar aquello, diciendo les era vedado. Sucedió esto el mes de septiembre de aquel año.